

¡Viva la Pepa, y caiga quien caiga!

EL terrible Crispín estaba completamente domesticado; no había ido, como su mujer, á la comunión general de las Conferencias, pero hacía cuanto D. Vicente le ordenaba, prometiendo confesarse, y deleitándose ya en la lectura de hojas cristianas y hasta de libros piadosos. Como para darle la acometida última, el golpe de gracia, visitáronle D. Vicente y Juanito, dispuestos á leerle dos documentos que á prevención llevaban, á cuyo efecto prepararon antes el terreno.

—Crispín, ¿tiene V. noticia de los sucesos de Jerez?

—Algo me han contado, porque como ya no quiero asistir á la *Federación*, ni recibir periódicos de los antiguos compañeros.....

—Usted no ha estado nunca bien entre aquella gente, porque V. es un hombre de bien á carta cabal, lo que se llama un hombre honrado, en toda la extensión de la palabra.

—Pobre, enfermo y desgraciado como el que más, amigo D. Vicente; pero aunque me esté mal el decirlo, á hombre honrado nunca me ha ganado nadie.

—Pues entonces, ¿cómo y por qué figuraba usted en Barcelona entre los anarquistas?

—Porque me gustó muchísimo lo que nos predicó una noche aquel ruso nihilista que mal chapurreaba el castellano, y que creo se llamaba Bakunín, según me dijeron.

—¿Qué fué?

—Pues nada, que los socialistas eran unos burgueses, que creían en el Estado providencia, así como los curas creen en la Providencia divina, y que era preciso barrer á unos y otros, si queríamos que el hombre volviese á su estado primitivo y perfecto, mediante el *aformismo*, sí, aformismo decía, y suprimiendo todo lazo social entre las gentes.

—¿Pues qué quería Bakunín?

—Una friolera: supresión de los Estados, federación internacional y completamente libre de los trabajadores; nada de autoridad, de religión, de gobierno, de familia, de partidos, ni de sufragio universal; sino huelga general, revolución permanente, propaganda

antipatriótica, y, como decían los catalanes, *ni trona ni trono*.

—Vamos, sí, *ni Dios ni amo*.

—Justamente.

—¿Y podía V. vivir entre tales hombres?

—¿Qué mal hacían á nadie?

—De manera que se figuraba V. que todo aquello era pura broma, y que nunca se habrían de poner en práctica tales doctrinas.

—Hombre, del dicho al hecho hay gran trecho.

—Pues mire V.: los discípulos de Bakunín, es decir, los anarquistas ó nihilistas rusos, asesinaron al emperador Alejandro, y se la tienen jurada á su hijo el Emperador actual; y los anarquistas de Jerez, después de cometer otros atropellos, asesinaron á un pobre burgués, á quien no conocían ni siquiera de vista, *por el delito enorme de llevar guantes*.

—Oiga V., D. Vicente (añadió Juanito sacando un periódico), y no contentos con eso, amenazan de destrucción á la sociedad entera, en el siguiente documento feroz de los hermanitos:

« Considerando que todo cuanto existe y

aprovecha para el bienestar y goces de los hombres, ha sido creado por la fecunda actividad de los trabajadores;

» Que por efecto de la absurda y criminal organización de la sociedad presente, los trabajadores lo producen todo, y los ricos holgazanes se lo quedan entre sus uñas;

» *Declaramos á los ricos fuera del derecho de gentes, y para combatirlos como se merecen y es necesario, aceptamos todos los medios que mejor conduzcan al fin, incluso el hierro, el fuego y aun la calumnia.*»

—¿Quién firma ese manifiesto? — preguntó como avergonzado Crispín.

—Nadie; atribuyen los periódicos esta sentencia á una sociedad que se titula á sí misma *de pobres contra sus ladrones y verdugos*.

—Muy bien puede ser una invención de los papeles.

—Claro que sí; pero los regicidios, los asesinatos, los incendios, los petardos, etc., etc., ¿son también invenciones?

—Pues justo es que el que la haga la pague.

—Ya la han pagado en garrote vil cuatro infelices de Jerez.

—Lo único que yo siento (observó Juanito), es que siempre se rompe la cuerda por lo más delgado; y mientras esos pobres incautos subían al patíbulo, los autores morales de sus locuras y crímenes, redactaban y repartían hojas incendiarias, que chorrean sangre é inoculan sin cesar el veneno del anarquismo en almas ignorantes y sin ventura.

—El hijo del *Lebrijano* no ha podido resistir el cuadro horrible de su padre muerto en garrote vil, y el desgraciado ha fallecido de dolor y de vergüenza.

—¡Infelices! — exclamó Manuela, á la vez que podía ahogarse á Crispín con un cabello.

—¿Quieren Vds. oír el documento que firmó el *Lebrijano* en la capilla para que se hiciese público después de su afrentosa muerte?

Crispín, hondamente abatido, no contestó; pero Manuela dijo:

—Lea V., D. Vicente, lea usted.

—Dice así:

«Cercana la hora de comparecer ante el Tribunal de Dios, conviene, para descargo de mi conciencia, recuerdo de mi hijo y ejempla-

ridad de los hombres, hacer constar pública y solemnemente que he profesado, por mi desgracia, las ideas disolventes del anarquismo, engañado por la prensa anarquista, que, explotando la escasa instrucción del obrero, inculca teorías que son contra la justicia y la razón.

»Quiero y deseo que mi hijo y compañeros, los obreros, sepan que los periódicos anarquistas nos engañan miserablemente, trayendo á los ilusos á la situación triste en que me encuentro.

»Estoy convencido que muchos de los que antes nos predicaban sus ideas, se muestran hoy indiferentes ante nuestra desgracia.

»Aconsejo, pues, á todos nuestros compañeros los obreros, que rechacen las predicaciones que se les hagan que no sean justas y razonables, y que para poder apreciar éstas sean honrados trabajadores, y tengan fe en Dios y en nuestra Religión, que predica la fraternidad de todos los hombres.

»Así lo declaro en mi última hora, creyendo que hago un favor á mi hijo y á los obreros que, dejándose llevar de las teorías anarquistas, puedan algún día verse en mi triste

situación, y firmo la presente declaración, que autorizan con su firma el señor teniente de guardia de la capilla, D. Francisco Romero; el hermano de la Paz y Caridad, D. Simón de la Sierra; mi confesor el presbítero D. Eduardo Marmolejo; el padre dominico Fr. Joaquín Pérez; el presbítero D. Manuel Cortina; el teniente de caballería D. Tomás Fajardo; el director de la cárcel D. Federico Varela; el médico D. José Benítez, y dos periodistas. »

Esta lectura produjo en los zapateros del sotabanco extraordinario efecto. La conmoción de Crispín, mezclada con honda pena, compasión grande y arrepentimiento leal, desembordóse al fin hacia fuera, y se tradujo en lágrimas, que corrían hilo á hilo por aquella faz botihinchada; también lloraba la zapatera, y aquel cuadro, ejemplar y tierno á la vez, mantenía á D. Vicente y á Juanito en silencio embarazoso.

IX

Dicha cumplida, solo en la otra vida.

A la siguiente visita, los socios de San Vicente de Paúl encontraron abatidos y melancólicos á los zapateros: á Manuela porque su marido había empeorado, y á Crispín porque el anarquismo y sus ruidosas fechorías dejábanse oír hasta en aquellas recónditas alturas. Tanto, que D. Vicente creyó oportuno distraer al matrimonio zapateril en los siguientes términos:

—Vaya, vaya, Crispín, no hay motivo para tanto; y V., Manuela, no alarme al enfermo con sus negras exageraciones. ¿Que han hecho Vds. del libro *Páginas edificantes*?

—Aquí está; pero, ¿quién piensa en leer cuando no hay pan ni salud?

—Pan, ya traemos nosotros; la salud la enviará Dios, si conviene, cuando nadie se acuerde de semejante cosa. Claro está que *dicha cumplida, solo en la otra vida*; pero más hace el que quiere que el que puede. Venga,

venga el libro y lea V.. Juanito, este artículo.

Tomó Juanito el volumen, y leyó lo siguiente:

«EL TÍO MARISANTA.

»Ignoro si siempre ha sucedido lo mismo,



El tío Marisanta.

y no me atrevo á preguntárselo á la Historia, conspiración permanente contra la verdad en

opinión de personas graves y fidedignas. No obstante, parece averiguado (pues lo pregona á voz en grito el mundo todo), que la humanidad continúa siendo doliente; en otros términos, que la felicidad no es patrimonio del hombre.

Sin embargo, aunque rara vez, y donde menos se piensa, el curioso observador tropieza con personas verdaderamente felices, felices, se entiende, en cuanto lo permite este mundo sublunar, nuestra morada. Prueba lo anteriormente dicho el tío Marisanta, vecino de cierto lugar que yo me sé, honrado y temeroso de Dios, que con su permiso y el de mis leyentes benévolos, por primera vez sale hoy á la escena pública.

»Miradle: corto de estatura, ancho y cargado de espaldas, de buenas carnes sin ser obeso, faz sonrosada, piel curtida y de pocas arrugas, encías no desprovistas por completo de dientes, ojos rasgados y vivos, frente espaciosa, que orlada de cabellos blancos reluce y se prolonga hasta el occipucio; viste alpargata abierta, faja y medias azules, chaleco negro de pana, camisa de estopilla, y calzones, chaqueta y capote con mangas y capu-

cha de cordellate pardo. El conjunto choca y atrae.

»Pocos rasgos son suficientes para dibujar su fisonomía moral.

»Cristiano viejo á la antigua usanza, vive constantemente en paz con sus prójimos y consigo mismo; no le asusta el trabajo, ni le aguijonean deseos irrealizables; ni le cansa la vida, que pasa siempre satisfecho y contento, ni le aterra la muerte, que considera próxima á visitarle. Habla mucho, y éste es su defecto único; pero en cambio lleva siempre el corazón en la mano.

»Para acabar de conocerle, lo mejor es salirle al encuentro.

—¿Qué tal, tío Blas, cómo andamos?

—Pitico, D. Manuel, pitico; aún estoy tal cual para mis años.

—¿Cuántos tiene V.?

—No me acuerdo; pero V. sacará la cuenta. Cuando la guerra del francés ya era yo mozo..... Como que me casé apenas me dejaron en paz.

—¿Y cuántos tenía V. al casarse?

—Me paice que veintidós ó veintitrés.

—»Entonces está V. cerca de los noventa¹.

—¡Caspitina! ¡Si paice que era ayer cuando vinieron aquellos renegaos!

—¿Hizo V. la guerra?

—Sí, señor, y á mucha honra. Aún me bailan los pies y me retoza la sangre en el cuerpo pensando en la corrida en pelo que les dimos á los franchutes.

—¿Y quién le puso á V. el mote de Marisanta?

—¡Palleta! D. Manuel, eso es muy largo de contar, y de seguro le hará dormir á usted mi charla.

—Al contrario: precisamente tengo curiosidad por conocer sus desventuras.

—Pero, ¿de veras quiere V. que le cuente mi historia?

—De veras.

—Atención, pues, y mano al botón. ¿Se acuerda V. de mi padre?

—No, señor.

—Pues era el más pobre del lugar, y entre chicos y chicas tuvo nueve hijos. Yo nací

¹ Este artículo se escribió en Octubre de 1877.

el tercero, y mientras mamé no tuve hambre; pero apenas me destetaron, empecé á no comer siempre que tenía ganas. Hacían mis delicias los mendrugos de pan que por caridad me daban los vecinos, y que comía yo escondiéndome para que no me los quitasen mis hermanos mayores. Si lograba algún rosigón de pan blanco, me sabía á gloria. Así que me fuí solo, me enviaron á la escuela y á la Doctrina. Aprendí el Catecismo de corrido; pero en los estudios no pasé de la Jesús. A los cinco años me sacaron de la escuela, me dieron una cesta y una escoba, y me dedicaron á recoger estiércol por calles y caminos. ¿Pues querrá V. creer que aún me quedaba tiempo para apedrear perros en compañía de otros pilletes como yo?

—»Malo era V., por lo visto.

—»Malo, no señor, travieso; pues aunque me ve V. tan chafao, yo siempre he sido hombre de chispa y de buen humor.

—»Vamos, que algo queda.

—»Pues sí señor, que el que tuvo, retuvo y guardó para la vejez, como dice el dicho; pero buena diferencia va.... ¡Quién me ha visto y quién me ve!.... Luego, de mozalbete,

me dedicaron á la rueda y á la carda. Hilaba estopa y cardaba lana, y cuando no había otra cosa que hacer y me salía jornal, iba al campo. Siempre trabajando mucho, comiendo poco y vistiendo peor, hasta que quiso Dios que me tocó ir á servir al Rey; y se cambió la tortilla.

—»¿Mejóro V. de fortuna en el servicio?

—»¿Quién habla de mejorar, santo varón? Nunca he llevado vida más aperreada, pero tampoco tan alegre. En fin...., V., que es muy leído, sabe mejor que yo lo que pasó en la guerra del francés. Cuando se acabó, me vine al pueblo y me casé.

—»¿Tendría V. algún ahorrito?

—»Sí, señor, cinco dedos en cada mano, otros tantos mi mujer, y la Providencia divina, que es un manto que todo lo tapa. Apenas salimos de la iglesia, nos pusimos ella á hilar estopa y yo á cardar lana. Entre los dos ganábamos para no morirnos de hambre, y éste fué el pan nuestro de cada día durante los ocho años que nos concedió el Señor de matrimonio.

—»¿Y los hijos?

—»Tuvimos seis, y por lo visto cada uno

traía un pan debajo del brazo al venir al mundo, pues nunca nos faltó que comer. Se nos llevó uno el sarampión, y, cuando mi pobre Mónica bajó al hoyo, me quedaron cinco renacuajos como cinco polluelos sin clueca; los cinco cabían debajo un panderero. ¡Válgame Dios! Al principio me apuré mucho; pero luego me fui acostumbrando á todo, y, robando algunos ratos al jornal, lavaba, vestía, peinaba y daba de comer á mis hijos como lo hacía su difunta madre. Los domingos barría la casa, y, cuando no tenía otra cosa que hacer, tomaba mi cesta ó mi cántaro debajo del brazo, y me marchaba muy serio al río por agua y á lavar la ropa sucia. Pues, créame usted, aún me quedaba tiempo para ir todos los días á Misa de alba y al Rosario. ¡Pobrecico de mí! Porque me veían hacer de mujer y frecuentar la iglesia como Dios manda, me sacaron el mote.... que V. sabe.

—¿Tío Marisanta?

—El mismo. ¡Cómo ha de ser! ¡El Señor me lo tome en cuenta y me perdone! Mucho se han burlado de mí en esta vida: pero es lo cierto que yo saqué adelante á mis hijos. Nunca les faltó un mendrugo de pan que llevarse

á la boca, no han echado de menos á su madre, los he criado en el santo temor de Dios, y ahí los tiene V. hoy día coloaos y con un decente pasar.

—¿Y por qué no vive V. con alguna hija?

—Eso me dicen ellas á todas horas; pero mientras me pueda ganar la vida no quiero cansar á nadie, ni siquiera á mis hijos.

—Pues qué, ¿trabaja V. aún?

—Sí, señor; paso el día derecho apartando lanas en la fábrica de bayetas, y gano ocho reales de jornal.

—Pero, hombre, ¿y puede V. resistir?

—Perfectamente, y como el Señor no me envíe algún ramo de perlesía, aún puedo tirar algunos años. Mire V., yo como de todo: nada, nada me hace daño; duermo como un bendito, y me gasto únicamente medio real en el cuarto, donde tengo mi jergoncico para dormir; otro medio en vino, que es la leche de los viejos, y dos reales en comer. Algún cigarrillo me fumo también de cuando en cuando, excepto en Cuaresma, que ayuno de tabaco; pero el día que menos, ahorro una peseta.

—¿Y para qué se impone V. tantas privaciones?

—»Por un por si acaso, D. Manuel, por un por si acaso. Mañana caeré enfermo, y ahí tienen unos dinerillos para asistirme; si me muero, para bien de mi alma y para enterrarme; y si algún hijo ó nieto tiene alguna desgracia, para sacarle del ahogo.

—»Por lo visto no reniega V. de su suerte.

—»¿Quién piensa en semejante cosa, don Manuel? No me canso de dar gracias á Dios por tantos beneficios como me ha dispensado y me dispensa.

—»Pocos imitan la conducta de V.: la mayor parte de los braceros del lugar, maldicen su estrella y viven hechos unos miserables.

—»¿Y sabe V. por qué? Yo se les digo canto y rezao, á todas horas, en la fábrica. Por que no tienen honra ni temor á Dios, y donde no hay religión no busque V. resignación para conformarse con los trabajos, ni privaciones para, con el ahorro, ir reuniendo poco á poco un capital que nos saque de apuros el día que sea menester, ni paz, ni buen humor.

—»Habla V. como un Santo Padre.

—»Al menos me ha ido tan bien con esta manera de pensar y he pasao tan alegremente la vida, que hace tiempo le dije á un alfarero

compadre mío: «Mira, chico, si Dios no lo remedia, el día menos pensao estiraré la garra, y quisiera me hicieses un ladrillo para ponerlo en mi sepultura, que diga lo siguiente:

«Alegre mi nacimiento,
alegre mi mocedad,
alegre mi casamiento
y alegre en la eternidad.»

—»Muy bien (contesté riéndome): falta solo que se sepa quién es el muerto.

—»Tiene V. razón; pero se remedia poniendo encima:

»Sepultura del tío Marisanta.»

X

Petardo final.

SE había desarrugado ya el entrecejo de los zapateros con tan regocijada lectura, cuando de repente trepidó toda la casa, oyéndose á la vez detonación espantosa y el ruido especial que producen cien cristales que saltan en pedazos.

—¿Qué es eso?—clamaron á la vez nuestros interlocutores.

—¡Qué ha de ser! Falta de *Catecismo*, porque la destrucción sistemática podrá dar ruinas y escombros abundantes; pero *Pan...* de ninguna manera.

—Voy corriendo á averiguarlo,—dijo Manuela saliendo escapada del sotabanco.

Momentos después subió jadeante, indignadísima, asustada, y con frases incoherentes refirió que en la iglesia próxima de San Nicolás había estallado un petardo, abriendo un gran boquete en el muro, destrozando la capilla de la Purísima, no dejando un cristal en el barrio, pero sin causar desgracias personales porque el templo estaba desierto.

—¿Quién habrá sido el bárbaro?—preguntó Crispín entre dientes.

—¡Toma! Los mismos que dispararon en Barcelona el petardo que mató el otro día á una pareja enamorada; los que celebraron aquí en Nochebuena la venida del Redentor con aquellos petardos que estallaron en la Virgen, en San Andrés y en casa de Castillo; los autores de los petardos continuos que han resucitado en París la época del *Terror*; los que

promueven esas profanaciones y escándalos inauditos en la capital de Francia; los que acaban de ser conminados con esa ley dracónica de pena capital para todo por la republicana Cámara francesa; los que clavaron primero tres balazos en el cuerpo al pobre deán de Posen, y luego asesinéronse unos á otros, suicidándose el sobreviviente al verse alcanzado por la policía; y los que se han propuesto destruir todo lo existente, como ellos mismos dicen, por medio del *hierro, del fuego y de la calumnia*.

—En una palabra, Crispín (añadió su mujer), tus compinches de antaño.

El zapatero se ahogaba, hizo ademán de querer incorporarse; corrió D. Vicente en su ayuda, dejó caer el primero la cabeza sobre el hombro del segundo, y abrazándole á la vez con efusión, dijo:

—Yo no puedo más, D. Vicente; que venga hoy mismo un sacerdote, que quiero confesarme.

—¡Gracias á Dios!—exclamaron todos los presentes.

FIN

INDICE

	<u>Págs.</u>
I. — No sólo de pan vive el hombre.....	3
II. — Caridad sí, pero filantropía no.....	13
III. — Las sanguijuelas de la caridad.....	19
IV. — La tabla de salvación.....	25
V. — El salario cristiano.....	31
VI. — Modelo de amos cristianos.....	35
VII. — La sotana y la blusa.....	39
VIII. — ¡Viva la Pepa, y caiga quien caiga!... ..	44
IX. — Dicha cumplida, solo en la otra vida....	51
X. — Petardo final.	61

APOSTOLADO DE LA PRENSA

El objeto de esta publicación es el de propagar, entre las clases obreras sobre todo, buenas lecturas, encaminadas principalmente á contrarrestar la propaganda incesante de la prensa impía.

La Junta de Gobierno escogerá, después de maduro examen, los impresos que se han de divulgar, acomodados siempre por su solidez, sencillez y gracia á las necesidades morales y gusto del pueblo, y pondrá sumo empeño en elegir personas que discreta y útilmente los repartan, de modo que sean leídos y dé su lectura el deseado fruto. Aquellas personas que, ó por su vocación, ó por su celo, están en contacto con los pobres é ignorantes, merecerán para este oficio la preferencia.

VAN PUBLICADOS

EL PORQUÉ DE LA RELIGION. — (3.^a ed.)
MAS SOBRE LA RELIGION. — (3.^a ed.)
SI ES VERDAD QUE EXISTE DIOS. — (2.^a ed.)
¿QUE ES ESO DE LA CONFESION? — (2.^a ed.)
BURGUESES Y PROLETARIOS. — (2.^a ed.)
PAN Y CATECISMO. — (2.^a ed.)
EL TERCERO, SANTIFICAR LAS FIESTAS.
¿QUIEN HA VUELTO DEL OTRO MUNDO?
¿PARA QUE SIRVEN LOS CURAS?
CATOLICOS Y MASONES.
GUERRA A LA BLASFEMIA.
CREO EN JESUCRISTO.

Cada obra forma un tomo en 8.^o mayor de 64 páginas, ilustrado con grabados.

Para los pedidos y suscripciones de esta obra de propaganda, dirigirse á la Librería Religiosa de Guillermo Herrero y Compañía, San José el Real, núm. 3, Méjico.